



JOSÉ ANTONIO SAAVEDRA CÁNOVAS

PADRE EN LLAMAS

Primera Edición

PADRE EN LLAMAS

Cómo el dolor, la fe y la música salvaron a un padre perdido.

Agradecimientos Sobre todo y sin olvidar, a mis Padres, hermanos y hermanas.

También a la familia que ahora Dios a regalado y confiado.

Autor: José Antonio Saavedra Cánovas

Introducción

En llamas, pero de pie.

Este libro no lo escribí para dar lecciones. Lo escribí para **no olvidar quién soy**, y quizás, para recordarte quién eres tú también.

No soy teólogo, ni maestro, ni predicador. Soy un hombre. Un padre. Y durante años estuve **ardiendo por dentro**: rabia, culpa, miedo, amor contenido.

Me divorcié. Estuve preso. Grité frente a una puerta rogando ver a mis hijos. Fui acusado, herido, y también sanado.

Pero en medio del humo, descubrí algo que nunca se apagó: **Dios no deja de buscar al que se quema por dentro**.

Esta es mi historia. Escrita con rap, con lágrimas, con ternura, con rabia y con esperanza.

Si estás pasando fuego, **este libro es para ti**.

—José Antonio Saavedra Cánovas--

Capítulo 1

Una infancia marcada por la música y la fe

Desde muy pequeño, mi corazón latía a ritmo de beat.
Antes de que pudiera escribir bien, ya creaba melodías con los dedos en la mesa, y a los 11 años descubrí Fruity Loops.

Fue como si alguien me entregara una llave a mi propio mundo interior. Empecé a hacer instrumentales, a jugar con sonidos, a componer lo que no sabía decir en voz alta.

Mi refugio no era el fútbol ni los dibujos. Era la **música**, esa compañera silenciosa que me ayudaba a sobrevivir lo que no entendía.

La fe también me abrazó temprano. Tras hacer la Primera Comunión, entré en el coro parroquial de San Pedro. Allí empecé a cantar salmos, a leer letras con alma, a usar la voz no solo como instrumento, sino como puente con lo eterno.

Poco después entré en el Camino Neocatecumenal y comencé a caminar... como salmista.

Cantar no era un hobby. Era **una forma de sobrevivir**, de pedir ayuda sin pedirla, de sostenerme cuando las cosas empezaban a temblar. Este fue el inicio. El principio de todo lo que vendría después:

La gloria, la caída, la cárcel, el rap, los hijos, el fuego, el amor, Dios.

Capítulo 2:

Cuando Dios calla

El silencio de Dios no es ausencia.
Es el eco que deja espacio a tus gritos,
para luego llenarlos de sentido.
Así lo descubrí... pero demasiado tarde, pensé.

Después de mi primera comunión, había empezado a cantar en el coro parroquial de San Pedro. Me enamoré de la música allí, entre salmos, acordes y voces que parecían tocar el cielo. Era aún un niño cuando la Virgen María, La Iglesia, me puso en el Camino Neocatecumenal me abrazó como salmista. Todo parecía tener un orden divino, Dios ya estaba actuando y yo todavía no era consciente de ello.

Pero llegó la vida. O, mejor dicho, la vida desordenada.

Conocí a una chica fuera del camino. Se quedó embarazada. Nos casamos “porque era lo que tocaba”. Con ella llegaron mis tres primeros hijos: Antonio, Aarón y Gabriel.

Pensé que estaba construyendo algo sagrado... yo así lo quería, lo deseaba, pero no era más que una estructura mal cimentada. Al principio, como todos los comienzos, existe esa sensación de hormigueo, ilusión, como se suele decir: mariposas en el estómago. Enseguida todo empezó a cambiar. Aunque caminábamos en la fe, dentro de casa solo había conflicto. Ruido. Choques. Confusión. Y al final, el divorcio.

Ahí empezó el verdadero desierto.
Me enfadé con Dios.
Me sentí traicionado.

¿Cómo es posible que, caminando, rezando, sirviendo, acabe aquí?

De golpe, dejé la iglesia. Cerré la puerta de la fe. Y no volví a abrirla durante seis largos y oscuros años.

Pero el infierno no tarda en llegar cuando caminas solo.

Mi ex, apoyada por su familia y un buen abogado, me denunció por maltrato. Injustamente. Me llevaron al calabozo. Yo solo quería ver a mis hijos. Los echaba tanto de menos que perdí la cabeza.

Lloraba, gritaba, suplicaba. Una vez, desesperado, fui hasta la puerta de su casa, a intentar verlos. Me ignoraron. Llamaron a la policía. Otra vez esposado. Otra noche en el calabozo. Sentí que el mundo se deshacía bajo mis pies.

Intentaba llevarles pañales, comida, ayuda. Lo que podía. Aunque no tenía trabajo. Me daba igual. Ellos eran mi todo. Pero me cortaban el alma, semana tras semana, con el desprecio. No dormía. No comía. Me estaba apagando.

Y en medio de eso... apareció la música.
Otra vez. Como un susurro dentro del caos.

Volví a escribir. Una canción. Dos. Tres. Rimas llenas de rabia, dolor, preguntas. El rap volvió a ser mi desahogo. Mi canal. Mi grito. Escribía para no morir. Porque cada letra era una lágrima convertida en sonido.

Y entonces conocí a **Vanessa**.

Ella no vino como un ángel. Vino como una amiga. Una persona con la que salía, que se reía, que escuchaba. Me acompañaba. No me juzgaba. Poco a poco me convertí en alguien que aún estaba roto, pero ya no solo.

Vanessa no dudó. Me apoyó. Me ayudó a organizarnos. Venía a casa, les preparaba comida, los cuidaba como si fueran suyos. Y yo... volví a despertar.

Poco después le pedí que fuera mi pareja. Me dijo que sí. Me confesó que me amaba. Que amaba a mis hijos. Que quería formar algo más grande.

Conseguí trabajo. Dejé la calle. La música ahora era luz, no solo desahogo. Vanessa me trajo la paz que no encontraba desde hacía un tiempo.

Y un día... sonó el teléfono.
Era un sacerdote de mi antigua comunidad.

—José Antonio, vuelve al camino. Dios sigue aquí.
Fuimos. Y desde entonces, no hemos vuelto a salir.
Hoy con Vanessa tengo tres hijos más: Manuel, Ana... y **Rocío**, que viene en camino.

Reflexión final del capítulo

*No entendía por qué Dios callaba en mis peores momentos.
Hasta que descubrí que en su silencio... estaba preparando mi milagro.*

Capítulo 3

Gánster arrepentido, padre renacido

Había noches en las que el silencio era tan pesado como el pasado que me perseguía. Con mis hijos lejos, sin rumbo fijo, sin trabajo ni paz... me vi sumido en una oscuridad que solo los que han perdido todo pueden comprender.

Vanessa llegó como una chispa inesperada. Al principio solo era una compañía, una amiga con quien beber, reír y sobrevivir. Pero fue mucho más. Fue un faro en medio de una tormenta de errores, de noches de alcohol y marihuana, de amigos que me empujaban al borde. La música seguía sonando en mis auriculares, como un latido que me recordaba que aún estaba vivo. Seguía escribiendo, grabando, soltando dolor entre beats y versos.

Y, sin embargo, nada llenaba el vacío de no poder abrazar a mis hijos. Lo peor no era estar lejos, sino ser tratado como un criminal cuando lo único que quería era ejercer mi papel de padre. Grité, lloré, me humillé... me llevaron al calabozo por la impotencia de ver una puerta cerrarse ante mis ruegos de amor.

Ciertos familiares, no del entorno más íntimo, incluso llegaron a dejar de hablarme.

Pero llegó el juicio. Esa sala fría y austera que parecía diseñada para destruir esperanzas fue también el escenario donde Dios me sorprendió. Contra todo pronóstico, el juez me concedió la guarda y custodia. Mis hijos vendrían a vivir conmigo.

Sentí que el cielo se abría.

Lloré como un niño.

En el pasillo del juzgado me arrodillé y di gracias. No entendía por qué, pero sentía que todo lo vivido había sido parte del plan de Dios.

Volví a casa... pero esta vez, no solo. Vanessa seguía allí. Ya no como una amiga de fiesta, sino como una mujer que me miraba con ternura y con respeto. Le propuse caminar juntos... y aceptó. No solo me eligió a mí: eligió a mis hijos. Y yo vi en ella una nueva familia.

Volvimos al Camino Neocatecumenal. Fue como regresar a una tierra que ya conocía, pero con otros ojos, con otro corazón. Mi fe, que antes era una costumbre, se volvió fuego.

Empecé a entender que Dios no solo estaba conmigo en la alegría, sino también en el lodo, en la celda, en el rap, en los pañales entregados a escondidas, en los días sin comer.

Hoy, con Manuel, Ana y una nueva vida en camino, ya no me siento víctima del pasado. Me siento llamado, transformado, enviado.

Reflexión final del capítulo

Dios no siempre nos rescata cuando lo pedimos, sino cuando ya no queda nada más que Él.

El hombre que toca fondo, si levanta la mirada, descubre que ese fondo es el suelo donde puede reconstruir su vida.

No hay historia tan rota que no pueda ser parte de Su plan.

Lo viví. Lo vivo.

Capítulo 4

Una casa, una cruz, una promesa

Volver a tener a mis hijos en casa fue como despertar de un largo mal sueño. Al principio me costaba creerlo. Los miraba mientras dormían, uno a uno, y me venían lágrimas a los ojos. Era como si el cielo me hubiera devuelto lo que creí perdido para siempre.

Pero no era fácil. Ningún milagro llega sin su cruz. Tenía que reaprender a ser padre por tiempo completo, sin apoyo, sin colchón económico, con el alma rota, pero en pie. Las noches se hacían largas, los días cortos y las fuerzas escasas. Pero ellos estaban allí. Con sus risas, sus preguntas, sus abrazos... eso bastaba.

Vanessa no solo no se asustó de aquel caos que era mi vida, sino que entró en él como quien entra en su propia historia. Cocinaba, jugaba con los niños, me animaba cuando las fuerzas me fallaban. Y sin buscarlo, un día supe que era ella. No solo la mujer que me acompañaba, sino la mujer que Dios me estaba regalando.

Un día le dije: “¿Y si esto lo hacemos de verdad?”. Me miró y sonrió. No necesitábamos promesas grandiosas, solo el deseo sincero de construir algo sobre lo que ya vivíamos: **amor, perdón, familia**.

Nos casamos y empezamos un nuevo camino. Volver al Camino Neocatecumenal fue la confirmación de que Dios nos quería formando parte activa de su Iglesia. Nos recibieron con los brazos abiertos. No como los que fracasaron y vuelven, sino como los hijos que regresan a casa.

Poco a poco, también empecé a componer de nuevo, pero esta vez con otra intención. No quería fama, no buscaba escapar. Ahora la música era testimonio. Cada beat era una oración, cada letra un eco de lo vivido. Empezaron a surgir canciones que hablaban de redención, de hijos, de cruz, de esperanza.

Y llegó Manuel. Y luego Ana. Y ahora Rocío, creciendo en el vientre de Vanessa, recordándome que la vida no para, que Dios sigue creando aun en medio de nuestros errores. Que no hay historia acabada mientras Él tenga la última palabra.

Mi casa, la que fue un campo de batalla emocional, se convirtió en una iglesia doméstica.

A veces hay discusiones, claro.

A veces no llegamos a fin de mes.

Pero algo ha cambiado: ya no estoy solo.

Ni por dentro, ni por fuera.

Reflexión del capítulo

Hay milagros que no caen del cielo... nacen en el barro, en el esfuerzo, en las lágrimas compartidas.

El hogar no es un lugar perfecto, sino el sitio donde el amor insiste incluso cuando todo parece perdido.

Dios no solo reconstruye lo roto, a veces levanta sobre las ruinas algo que nunca habrías soñado.

Capítulo 5.1

El amor que levanta ruinas

La casa estaba silenciosa.

Aquel silencio no era de paz, sino de peso. Llevaba días con el alma arrastrándose entre obligaciones, cansancio y dudas. Aunque por fuera sonreía a los niños, por dentro me sentía quebrado, como un edificio en ruinas.

Pero ahí estaba ella: **Vanessa**. Su mirada no me exigía, no me juzgaba, solo me acompañaba. Había visto mi caída y sin embargo decidió quedarse. Yo, que venía del barro, con heridas que aún sangraban y con un pasado que más de uno usaría para marcharse. Pero ella se quedó.

Cuando me arrodillé en la capilla del Camino esa noche, no pedí milagros, pedí fuerzas. No pedí justicia, pedí humildad. Me encontré a mí mismo diciendo por dentro:

"Señor, no permitas que lo que he vivido sea en vano. Dame la gracia de ser padre de verdad, no solo en número, sino en entrega."

Ese día entendí que **el amor verdadero no empieza cuando todo va bien**, sino cuando uno decide permanecer incluso en medio de la tormenta.

Cada mañana, desde entonces, **mi casa se convirtió en una pequeña iglesia**. No por ser perfecta, sino porque ahí se ofrecían sacrificios ocultos: madrugar sin dormir, cocinar sin fuerzas, cambiar pañales con paciencia, corregir con ternura. No se oía un órgano ni un coro celestial, pero el cielo bajaba con cada gesto de amor real.

Vanessa, embarazada de nuestra pequeña Rocío, estaba radiante incluso entre los gritos, las mochilas y las cenas a deshora. Yo la miraba en silencio, y me dolía haber tardado tanto en valorar una presencia así. No era solo la madre de mis hijos, era **el motor silencioso** que me devolvía al centro, al amor que Dios soñó para mí.

Capítulo 5.2

Una noche especial

Recuerdo una noche concreta.

Los niños dormían, el ventilador giraba lento, y yo estaba agotado.

Ella se sentó a mi lado y me dijo:

—“¿Tú sabes que eres un padre hermoso cuando amas así, aunque no puedas más?”

Yo bajé la cabeza.

—“No sé si lo hago tan bien...”

Ella sonrió:

—“Dios no necesita que lo hagas perfecto. Solo que no te rindas.”

Esa frase me acompañó días enteros.

Reflexión final del capítulo

Hay ruinas que no son el final, sino el lugar donde Dios empieza su mejor obra.

A veces creemos que fallar nos descalifica. Pero la paternidad no se mide por los errores, sino por la capacidad de levantarse una y otra vez por amor.

Si alguna vez te sentiste destruido como hombre, como padre, como esposo... recuerda esto: lo importante no es lo que perdiste, sino lo que estás dispuesto a construir desde ahora.

Si tienes a alguien que te ama en medio de tus ruinas, estás más cerca del cielo de lo que imaginas.

Capítulo 6

Dios no improvisa

Esa noche, después de acostar a los niños, me senté en la oscuridad del salón. Solo se oía el tic tac del reloj. Sentí un nudo en la garganta y me invadió un sentimiento tan profundo que no lo podía contener. Vanessa se me acercó y me abrazó por detrás. En silencio. Sin palabras. Solo su presencia bastaba para entender que no estaba solo.

Recordé una conversación con uno de mis hijos, una de esas que se te clavan en el alma:

—Papá —me dijo mientras recogíamos unos dibujos en la cocina—,
— ¡ya no gritas como antes! —

Sus palabras me atravesaron. Me quedé en silencio. Bajé la mirada, luego lo abracé fuerte, casi sin dejarlo respirar. En ese momento supe que mis hijos me estaban sanando. No desde la lógica ni desde los consejos, sino desde un amor inocente y noble que no se puede explicar con palabras. Un amor que venía directo de Dios, un reflejo de Su ternura en los ojos de mis hijos.

Aquel día entendí que ellos estaban siendo camino para mí, tanto como yo quería serlo para ellos. Su amor me empujaba cada día a seguir adelante, a vivir. A oler como hacía tiempo no olía, a sentir como hacía tiempo no sentía. A llenarme con un sentimiento tan placentero y vivo, que me hacía reconocer que la vida tiene sentido incluso en el caos, cuando ese amor puro te sostiene.

Dios no improvisa.

A veces parece que sí, cuando todo se desordena. Pero solo es nuestro desconcierto ante un plan más grande, uno que se teje en el silencio, con cada lágrima, con cada abrazo, con cada pequeño gesto de amor.

En mi historia, nada había sido al azar.

Ni el dolor, ni la cárcel, ni el reencuentro, ni siquiera la música que me ayudó a expresar lo que no sabía decir. Cada paso, incluso el más duro, me empujaba a este momento. A comprender que la vida con mis hijos y con Vanessa no era una segunda oportunidad: era el plan real desde el principio. Solo que yo no lo entendía todavía.

Y por fin, oramos juntos.

Con los niños, con Vanessa, con los ojos cerrados y el corazón abierto. El rosario en nuestras manos parecía latir. Había paz. Y había propósito.

Reflexión final del capítulo

Dios no improvisa. Aunque a veces sintamos que todo va mal, que no hay lógica ni salida, Él sigue escribiendo nuestra historia con amor. Y muchas veces, lo hace a través de las personas que menos esperamos: nuestros hijos, nuestra pareja, incluso nuestros errores. Nada se pierde cuando se pone en Sus manos. Él sabe por qué, cuándo y cómo. Solo nos pide que sigamos caminando.

Capítulo 7

Experiencia de Pascua

Hay momentos en la vida en que uno no espera resucitar. Donde el dolor ha echado raíces tan hondas, que la esperanza se seca como un árbol en invierno. Pero Dios no improvisa. Y la Pascua no es solo una fecha; es una vivencia. Un cruce entre lo humano y lo divino que transforma la tumba en cuna.

Yo lo viví.

En mi oscuridad más honda, cuando ya no encontraba camino ni norte, el Señor comenzó a resucitarme en silencio. No con rayos ni truenos. No con una voz celestial. Sino con cosas pequeñas, casi imperceptibles: una sonrisa de mi hijo, un abrazo espontáneo, el aroma del pan tostado por la mañana.

Comencé a vivir mi propia Pascua.

Era como si mis días revivieran un eco lejano de aquella noche en Getsemaní, cuando Cristo sudó sangre sabiendo lo que venía. Yo también sabía lo que venía: más trabajo, más cansancio, más noches sin dormir. Pero había algo distinto ahora. Había una certeza de que no estaba solo. Que, como Jesús, estaba siendo acompañado... aunque a veces fuera por quienes ni lo sabían: mis propios hijos.

Jesús pasó por la cruz para llegar a la vida nueva. Yo, en mi pequeñez, también. Y hubo una frase que me despertó de golpe. Una noche, después de una jornada agotadora, escuché a mi hijo decir algo tan simple como eterno:

—Papá... qué bien hueles cada vez que llegas del trabajo.

No supe qué responder. Me quebré por dentro. Porque no era el perfume, ni el sudor... era la vida misma.

¡Era mi vida en su mejor versión!

No una vida perfecta, sino una vida ofrecida, entregada. Una vida que ya no huye de la cruz, sino que encuentra en ella un puente. Ellos me veían como yo nunca me había visto: vivo.

La Pascua me alcanzó así.

No con teorías, sino con vivencias. No en templos vacíos, sino en mi salón, mi cocina, mi ducha, mis canciones, mis silencios. Resucité a pedazos, como cuando Cristo se aparece poco a poco, primero a María Magdalena, luego a los discípulos, después a Tomás. La duda no desapareció, pero fue abrazada.

Y entendí que la Pascua no es un evento, es un proceso. Como el amor. Como la paternidad. Como la fe. Y como cada uno de mis hijos que, sin darse cuenta, fueron mis cirineos en el camino.

Reflexión final del capítulo

Si estás pasando por una cruz, no corras. Camina. Aunque sea lento, aunque te tiemblen las piernas, aunque no entiendas. Porque en medio de la noche hay un Dios que no improvisa y que ya ha planeado una mañana. La Pascua es para todos.

La viví.

La vivo.

Y ahora la canto.

Estructura del Capítulo 8

"El fuego que no se apaga"

Parte 1: El eco de todo lo vivido

- Recorrido breve y emocional por los momentos más intensos del libro.
- No es un resumen, sino una vivencia sentida de lo que dejó huella.
- Reencuentro contigo mismo como padre, esposo, creyente.

Parte 2: El padre en llamas

- Tu transformación personal: de sobreviviente a hombre vivo.
- Qué significa hoy para ti *ser un padre en llamas*.
- La mirada de tus hijos y tu mujer como reflejo de esa nueva identidad.

Parte 3: El fuego que no se apaga

- No es el final, sino un envío.
- Un llamado para otros padres, una invitación a vivir encendidos.
- Breve oración espontánea final, auténtica y poderosa.

CAPÍTULO 8

EL FUEGO QUE NO SE APAGA

Parte 1: *El eco de todo lo vivido*

Han pasado los días, los meses, las lágrimas, los abrazos... y todo en mí ha cambiado. Pero no como cambia el tiempo o la moda. Lo mío fue una transformación silenciosa y ardiente. Una Pascua personal. Un morir y volver a vivir. Y ahora, desde este punto del camino, me detengo a mirar atrás con el corazón encendido.

Recuerdo las noches que olían a derrota. Las discusiones que me hacían sentir fuera de lugar en mi propia casa. La sensación de que mis hijos me miraban con miedo o indiferencia. Yo era un hombre presente, pero ausente. Respiraba, pero no vivía.

Y, sin embargo, cada paso en este viaje ha sido necesario. Cada caída, cada palabra que dolió, cada gesto que me obligó a replantearme todo... era Dios hablándome en voz baja, con la voz tierna y firme de mis hijos, con la paciencia de mi esposa, con los silencios en los que solo se escucha el alma.

Mis hijos, con su amor desbordante, me ofrecieron un espejo donde vi reflejado no mi fracaso, sino mi esperanza. Con su inocencia me enseñaron a ver de nuevo. Con sus preguntas me empujaron a buscar respuestas que valieran la pena. Me sanaron sin saberlo. Me amaron sin condiciones. Y me hicieron volver a vivir.

En cada momento en que quise rendirme, alguien me necesitaba. En cada oración temblorosa, Dios estaba. En cada canción que cantaba por inercia, algo dentro de mí se encendía de nuevo.

Ahora comprendo que nada fue inútil. Que el fuego que me consumía al principio no era castigo, sino purificación. Y que el fuego que me habita ahora no quema... ilumina.

Parte 2: El padre en llamas

Ahora lo entiendo. No se trata de ser el padre perfecto, ni el esposo impecable, ni el hombre sin grietas. Se trata de **arder sin consumirse**. De permitir que el amor te incendie por dentro y derrita las corazas que la vida te obligó a llevar. Se trata de amar sin miedo a quemarte.

Soy un padre en llamas. En llamas de amor, de lucha, de fe. No necesito que todo esté bajo control. Necesito que todo esté bajo gracia. Necesito confiar, incluso cuando no entiendo. Necesito seguir ardiendo, incluso cuando me falten fuerzas, porque no soy yo el que alimenta este fuego, sino Dios.

Me he convertido en testigo de mi propia resurrección.

Ya no soy el mismo.

Ya no soy aquel que gritaba por frustración, que se perdía en su propia casa, que vivía a medias.

Ahora abrazo a mis hijos y entiendo que son reflejo de algo más grande.

Ahora escucho a mi mujer y veo en ella el milagro diario de la perseverancia.

Ahora me escucho a mí mismo... y por primera vez en mucho tiempo, no me juzgo. Me reconcilio.

He rescatado mis pasiones.

He vuelto a cantar, a escribir, a soñar.

Y lo hago no desde la vanidad, sino desde el asombro:

—¡Estoy vivo! ¡Y tengo una misión que cumplir!

Y esa misión no es otra que ser fuego que encienda a otros. Ser hogar. Ser testimonio. Ser faro para cuando mis hijos duden, para cuando yo mismo tiemble.

No soy fuerte. Soy encendido.

Y en ese fuego, no hay orgullo. Hay gratitud.

Parte 3: El fuego que no se apaga

Hay fuegos que destruyen, y fuegos que transforman.
El mío —este que me consume por dentro y me empuja hacia lo más profundo de mi vocación como padre, esposo y hombre de fe— **no se apaga**.

Este fuego no lo inicié yo. Me lo entregaron con lágrimas, con abrazos de hijos que me salvaron sin saberlo, con miradas de una mujer que supo esperar mi regreso sin condiciones, con la paciencia de un Dios que nunca dejó de creer en mí.

Y ahora sé lo que quiero dejar en la tierra.
No quiero dejar una cuenta bancaria llena.
No quiero dejar reconocimiento ni fama.
Quiero dejar **hijos con corazones encendidos**.
Una familia con raíces profundas.
Palabras que toquen almas.
Canciones que eleven.

Un testimonio que no muera cuando yo ya no esté.

Porque cuando uno ha sido tocado por la Pascua, ya no vive igual.
Y yo he sido tocado.
He vivido mi viernes de cruz. He atravesado mi sábado de silencio.
Y hoy, cada día, es mi domingo de resurrección.

¿Y sabes qué es lo mejor?
Que no he terminado.
Estoy empezando.

Así se vive con el fuego del cielo dentro:
—Con la conciencia de que todo pasa...
—Y el alma queda.
—Con la alegría de que todo arde...
—Pero no se consume.

—Con la certeza de que **la vida no es un deber que cumplir...**
—Sino un regalo que agradecer.

Yo soy ese padre. Un padre en llamas.
Y este fuego, gracias a Dios... no se apaga.

*

Los días han seguido su curso, pero mi alma ya no es la misma. He sido rescatado, reconstruido, redirigido. Ahora sé que no es suficiente con ser padre por nombre o por biología; ser padre de verdad es ser guía, faro, cobijo y espejo. Es quemarse en amor y volver a encenderse cuando parece que ya no queda chispa.

Hoy comprendo que el sufrimiento no fue una trampa, sino un camino. Que la lucha por mantenerme en pie fue también una forma de redención. Y que cada caída me entrenaba para sostener con más firmeza la mano de mis hijos.

No soy un hombre perfecto, pero soy un hombre encendido. Porque cuando uno ha tocado el fondo y logra salir con vida, ya no vuelve a mirar igual. Y cuando uno ha sentido cómo el amor de sus hijos lo rescata, lo sana, lo devuelve a la vida... entonces sabe que ha vivido una Pascua real: muerte, sepultura... y resurrección.

Dios no me soltó. Él no improvisó. Todo era parte del plan. Y mis hijos eran parte de Su obra maestra.

Hoy me siento en paz.

Porque incluso cuando el mundo me decía que no, mis hijos me gritaban con su mirada que sí. Incluso cuando me sentía incapaz, ellos me mostraban que podía. Y cuando me sentía muerto en vida... ellos fueron mi tumba vacía. Mi piedra removida.

Y sé que esto no termina aquí.

Porque el fuego que se encendió en mí no se apaga. Solo cambia de forma, se transforma en legado, en ejemplo, en palabra viva.

*

Reflexión final del capítulo:

*“Si alguna vez sentiste que todo se desmoronaba, recuerda esto:
el fuego que más purifica es el que arde desde el amor. No
temas arder. Teme no encenderte nunca.”*

*Ser padre no es llegar sabiendo, es llegar dispuesto.
No es tener todas las respuestas, sino buscar la verdad juntos.
No es estar siempre fuerte, sino enseñarles a los hijos a
levantarse contigo.
Es aceptar que ser débil también enseña.
Y que a veces, los verdaderos maestros duermen bajo tu techo,
te llaman “papá” y te abrazan sin condiciones.*

Extra-Final:

Se nos va la vida

Se nos va la vida...
y no avisa.

Pasa mientras discutimos por tonterías,
mientras miramos pantallas y no los ojos,
mientras dejamos para mañana lo que quema hoy.

Se nos va la vida...
y a veces no nos damos cuenta
de que vivir no es solo respirar,
sino dejar que el alma cante,
aunque sea rota.

Por eso escribo, por eso canto.
Porque cuando mis fuerzas se agotaban,
las canciones me hablaron.

Fueron bálsamo y espada.
Fueron oración con ritmo y poesía con alma.
Y entendí que, **si algo se siente verdadero, debe compartirse.**

Esta canción que ahora comparto

—como tantas que he escrito—

no es un adorno para el final,
es un mensaje con melodía,
un susurro con corazón,
una herida que canta para sanar.

Porque la música tiene eso:
cuando viene del alma, **no se borra,**
queda latiendo en quien la escucha,
queda sembrada en la memoria de quienes aún respiran.

Y si es sincera,
se convierte en una antorcha que sobrevive incluso cuando
nosotros ya no estemos.

Mis hijos me dieron vida.
Dios me dio dirección.
Y mi arte...

mi arte es la manera que tengo de quedarme un poco más.
De ser padre también a través de las canciones.
De decirle al mundo:
aprovecha tu vida, porque se nos va.

Y si se nos va,
al menos que se nos vaya **haciendo lo que amamos,**
amando a los que nos sostienen,
y dejando algo que no muera tan fácil.

A veces no hace falta un gran discurso.
A veces no son necesarias mil explicaciones.
A veces basta una canción.
Una como esta.

Porque **la vida se nos va**, y a veces no nos damos cuenta hasta que ya se fue.
Porque en medio del dolor, del cansancio, del esfuerzo diario por sostener
lo que amamos, hay un susurro interior que nos recuerda:
vive ahora, ama ahora, canta ahora.

Esta canción:

“Se nos va la vida”

No es solo un tema musical.

Es un testimonio.

Es mi voz rompiendo el silencio.

Es mi corazón puesto en palabras que nacieron desde la verdad más cruda y
también desde la esperanza más luminosa.

*

Y como cada una de mis canciones, no es ajena, no es lejana.
Es tuya si la necesitas.
Es nuestra, si te hace bien.

*

Porque cuando escribo y compongo, no lo hago para entretener.
Lo hago para sanar.
Para recordar.

*

Para que no se nos olvide que **vivir es urgente**, y que **sentir sigue siendo el acto más revolucionario que nos queda**.

*

*Una canción como esta queda como mensaje para siempre.
Como todas mis canciones, cuando nacen desde letras sinceras
y producciones propias... se convierten en parte de lo que soy.*

*

Escúchala.
Detente.
Respira.
Y si puedes... vuelve a empezar.

La vida es un regalo efímero, una llama que arde con intensidad, pero que no podemos dar por segura. En este último espacio, quiero compartir contigo una reflexión profunda que nace de mi experiencia, y que también se expresa en una de mis canciones más personales: “*Se nos va la vida*”.

Este texto es un llamado a respirar hondo, a vivir con fuego y a no perder nunca el ánimo, aunque los días sean duros y el camino incierto. La música y la poesía han sido para mí el refugio, la fuerza y la luz que me han sostenido para seguir adelante.

Te invito a que lo recibas como un impulso para aprovechar cada instante que Dios nos regala, y a que recuerdes que, mientras haya vida, hay esperanza y oportunidad para renacer.

La vida pasa. A veces parece que corre tan rápido que no alcanza a escucharse el latido verdadero del corazón. En esos momentos, cuando la oscuridad amenaza con envolvernos, recuerdo que la única manera de seguir es respirando, tomando aire y eligiendo avanzar.

Se nos va la vida no es solo una canción; es un grito desde el alma, un recordatorio profundo de que el tiempo es un regalo frágil que no se puede malgastar. Cada verso habla de la urgencia de vivir con pasión, de aprovechar cada instante, cueste lo que cueste.

Para mí, esa verdad se traduce en música y poesía, en palabras y ritmos que me sostienen cuando el mundo parece caerse. Es mi manera de respirar, de encontrar luz en medio del ruido, de transformarme a mí mismo y a quienes escuchan.

Que esta canción sea también para ti un impulso para no perder el ánimo, para recordar que, aunque la vida se nos escape de las manos, siempre podemos elegir qué hacer con el tiempo que nos queda. Que podamos vivir con fuego en el alma, con esperanza en el corazón, y con la certeza de que cada día es una nueva oportunidad para renacer.

Porque, al final, la Pascua no es solo un evento lejano en la historia, sino una experiencia diaria: morir a lo que nos pesa para renacer a la vida que Dios nos regala.

 [Escuchar “Se nos va la vida”](#)

 *Puedes escuchar la canción aquí:*

 [Se nos va la vida - YouTube](#)



A veces basta una canción.

Respira... habrá poesía

SER PADRE...
NO ES LLEGAR SABIENDO,
ES LLEGAR DISPUESTO.

Escrito por
José Antonio Saavedra Cánovas

